

magistratura se pareció al anterior, comenzando con sediciones que calmaron después ante la guerra extranjera. Los sabinos atravesaron precipitadamente el territorio de Crustumero, llevando la matanza y los incendios á las orillas del Anio y casi habían llegado á la puerta Colina, bajo los muros de Roma, cuando les rechazaron. Retiráronse, sin embargo, con inmenso botín, tanto en hombres como en ganados. El cónsul Servilio les persiguió al frente de un ejército que no respiraba más que vaganza, y, no pudiendo alcanzarles en campo raso, llevò tan lejos las devastaciones, que por todas partes no dejó más que ruinas, y regresó á Roma cargado de despojos de todo género. Brillantes triunfos se consiguieron contra los volscos, debidos tanto al general como á los soldados. Libróse primeramente un combate en campo raso, y por ambas partes resultaron muchos muertos y muchos más heridos: los romanos, cuyo reducido número hacía las pérdidas más sensibles, estaban á punto de retroceder, cuando el cónsul, con ingeniosa mentira, les reanimó gritando que los volscos huían en la otra ala. Precipítanse sobre el enemigo, y, creyéndose vencedores, llegan á serlo en efecto. Temiendo el cónsul que tenaz persecución reprodujese el combate, hizo dar la señal de retirada. Muchos días pasaron durante los cuales los dos ejércitos descansaron, como en virtud de tregua tácita; entre tanto llegaron fuertes refuerzos al campamento enemigo de todos los pueblos de los equos y de los volscos. Teniendo por cierto que si los romanos llegaban á enterarse, se retirarían á favor de la obscuridad, el enemigo avanzó para atacar su campamento cerca de la tercera vigilia (1). Después de calmar Quinceio el tumulto ocasionado por

(1) La noche, desde las seis de la tarde hasta las seis de la mañana, estaba dividida en cuatro viglias, de tres horas cada

aquella repentina alarma, mandó á los soldados que permaneciesen tranquilos en las tiendas, y colocó en observación la cohorte de los hérnicos; al mismo tiempo hace cabalgar á los que tocaban los cuernos y las bocinas, con orden de tocar delante del campamento y mantener al enemigo en alarma hasta el amanecer. De tal manera tranquila fué el resto de la noche en el campamento, que los romanos hasta pudieron entregarse al sueño. Los volscos por su parte, á la vista de aquellos peones que suponían más numerosos y que creyeron romanos, ante la inquietud y relinchos de aquellos caballos que extrañaban el peso de jinete desconocido y el ruido que resonaba en sus orejas, permanecieron alerta cual si esperasen un ataque.

Al amanecer, los romanos, descansados merced á largo sueño, avanzaron contra los volscos, cansados por haber permanecido de pie y sin dormir toda la noche; sin embargo, retirada fué la suya más bien que derrota, porque á su espalda se alzaban colinas, en las que encontraron seguro refugio sus líneas, que permanecían intactas, exceptuando la primera. Al llegar el cónsul ante aquella desventajosa posición, detuvo al ejército: el soldado se irrita al verse detenido, grita y pide completar su victoria. La caballería se muestra más impaciente aún, y rodea al general, vociferando que se adelantará á las enseñas. El cónsul vacilaba, y, aunque seguro del valor de los soldados, desconfiaba del terreno. Entonces exclaman que van á marchar, y así lo hacen, clavando las lanzas en el suelo para preparar con más ligereza, y suben á la carrera. Agotan los volscos sus armas arrojadizas para rechazar aquel ataque; y en seguida arrancan pedazos de roca y las hacen rodar sobre

una. La tercera era por consiguiente desde media noche hasta las tres de la madrugada. En cada vigilia se tocaban las trompetas para relevar los centinelas.

los que suben. Las filas se deshacen ante los redoblad<sup>os</sup> golpes de un enemigo, que les agobia desde lo alto de su posición. El ala izquierda queda casi aplastada, y ya iban á huir, si increpándoles el cónsul por aquella conducta imprudente y cobarde á la vez, no hubiese sobrepuesto en ellos el honor al miedo. Detuviéronse al pronto, decididos á no ceder, y como conservan su posición y sienten renacer sus fuézas, se atreven á seguir adelante. Lanzando entonces de nuevo el grito de guerra, pónese en movimiento todo el ejército; recobra el brio, redobla los esfuerzos y sube la pendiente más escarpada, llegando ya á la cumbre de la colina, cuando el enemigo emprendió la fuga. Confundidos en rápida carrera vencedores y vencidos, como formando un solo ejército, penetraron juntos en el campamento, del que se apoderaron los romanos á favor del desorden. Los volsco<sup>s</sup> que pudieron escapar, se refugian en Anzio; pero allí llegó el ejército romano, y la ciudad se rindió después de algunos días de sitio, no porque los sitiadores hiciesen nuevos esfuerzos, sino porque había decaído el valor de los volsco<sup>s</sup> á consecuencia de la derrota y de la pérdida del campamento.

## FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

## LIBRO TERCERO.

## SUMARIO.

Turbulencias causadas por las leyes agrarias.—Recupérase el Capitolio, que había caído en poder de los esclavos y de los desterrados, y muertos éstos.—Dos censos: el primero da por resultado ciento cuatro mil doscientos catorce ciudadanos, sin contar los célibes de ambos sexos; el segundo, ciento diez y siete mil doscientos diez y nueve.—Descalabros experimentados por los equos.—Nómbrase dictador á L. Quincio.—Cincinato es arrancado del arado para dirigir aquella guerra. Derrota á los enemigos y les hace pasar bajo el yugo.—Aumentan el número de los tribunos del pueblo, elevándoles á diez, treinta y seis años después de la creación de esta magistratura.—Envíanse legados que recogen y traen á Roma las leyes de Atenas. Encargan de redactarlas y promulgarlas á decenviros que reemplazan á los cónsules y ocupan el puesto de todos los demás magistrados; así, pues, en el año 103 de la fundación de Roma el poder, que había pasado de los reyes á los cónsules, pasa de los cónsules á los decenviros.—Redactan diez tablas de ley, y la dulzura de su administración hace conservar para el año siguiente la forma de gobierno.—Añaden dos tablas á las primeras, abusan de su poder, rehusan despojarse de él y le conservan otro año, hasta que la incontinencia de Appio Claudio pone término á su odiosa dominación.—Enamorado de